

LA AZUCENA

REVISTA QUINCENAL

 HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
Calle del Cristo, Nº 1.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetre.

CARTA DE JULIA A GRACIELA.

Puerto-Rico 13 de Diciembre de 1874.

Querida amiga: Como en mi anterior, continuo hablándote del teatro en el que sigue Valero actuando con su compañía.

Segun te anunciaba, se puso el *Quevedo*, obra que en mi opinion está escrita con talento, y en la que descuella la figura principal con las líneas que le fueron características. El popular Quevedo, el escritor del chiste inagotable, de constante agudeza y que jugó maravillosamente con nuestra lengua y nuestra rima, está allí pintado con interesantes rasgos como hombre, y tal como fué el poeta, que llamaríamos príncipe de nuestros satíricos á no haber existido Cervantes. Es una obra de mérito y que revela al escritor de conciencia.

Siguió *Ricardo Darlington*, obra verdaderamente artística, *Shakespirana*, justificada como de teatro, con el interés de la novela; verdad en el arte y en el mundo. La ambicion en el corazon del hombre, un Napoleon para quien el campo de batalla es el Parlamento inglés, para quien el solio ambicionado es el primer puesto posible en la monarquía inglesa; el primero despues del rey; y esto, por no haber ocasion de ser un Cronwell. Lucha de ambicion plantenda en un país de clases como Inglaterra, circunstancia que torna mas difícil y codiciable la elevacion, sobre todo para el hombre de oscuro origen: lucha que tiene por campo el corazon del ser á quien la ambicion ciega y desvía del camino del bien; pero que dotado de mérito personal, se enorgullece de deber á su talento el triunfo que alcanza sobre las preocupaciones de la cuna, él de cuna desconocida! Carácter odioso en el mundo, bello en el arte, que obedece á un móvil, á un resorte censurable, pero único y poderoso. Se casa con aquella nueva Josefina, como medio de ir adelante y sin creer que hace mal, porque no sintiendo el amor y no explicándose su corazon nada en el mundo sino por la ambicion, que es su naturaleza, sus propósitos no son falsos ni perfidos. Obstáculo despues aquella esposa, que el autor ha pintado, por sabio y bellissimo contraste, como la encarnacion de la ternura y de todo el amor de que es incapaz el ambicioso; viene á proponerla el divorcio como un bien, la libertad que él anhela para sí, toda vez que su ambicion la necesita; y para ésta el amor es bagatela. Retrato esencial de todos los ambiciosos, pero no media tinta, sino figura cabal y extraordinaria, de primer término, consecuente hasta la inhumanidad, tal como lo exige el arte que no admite arrepentimientos ni inconsecuencias en las figuras típicas.

Y ¡qué castigo! Ricardo es hijo de un verdugo y esto se desenbrea á la hora de salir de la plebe para enlazarse á la nobleza. Moral en accion, verdadera y única moral de efecto en el teatro. Personas hay que en el mundo detestan el mal y le aceptan en el drama, si está justificado bajo el punto de vista de la belleza artística. En cambio, habrá otras que miren

el mal en el mundo con indiferencia, y vayan á pudibundizarse ante las ficciones del teatro.

La *Beltraneja* no es de mi repertorio, porque me parece algo flojilla como obra dramática. No la faltan sus rasgos apreciables; pero ¿qué mujer no tiene algo bello?

Con la que no transijo ni en un punto, es con *Perdonar nos manda Dios*. Que la perdone su divina magestad, yo no la absuelvo. Será mi insuficiencia; pero aquella mujer que en el primer acto se presenta como una Catalina Howard, y en el segundo vuelve arrepentida..... Como yo no admito el arrepentimiento de las primeras figuras en el cuadro de una obra dramática, ni lo he visto nunca en las grandes y mas celebradas obras de arte, llámense poemas, dramas ó novelas; ántes bien lo contrario es lo que he visto mas celebrado en ellas como base de su mérito; me parece que es un desvanecimiento del tipo que se quiso pintar. Y sigue ella al marqués, no por seducccion de éste sino con conocimiento de causa, y se quiso ahorcar, y se dió al amor sin amor, todo esto puede pasar, aunque choque algo lo último; pero consecuencia y justificacion es lo que pido. En el mundo de la naturaleza, que vuelva ella á su casa, es una mujer como otras que pudiera haber de sus condiciones; pero en el mundo del arte, debe quedarse en Madrid; las leyes de aquél le ordenan que, consecuente con su tipo, muera allí en la cárcel ó en el hospital: ejemplo mas moral que la moraleja de los perdones, que ya todo el mundo toma como de tema obligado y artificial, para dar término á las obras de teatro, que no se las sabe ó no se las quiere acabar como la Estética previene.

Y luego aquellas dos aneurismas, una en el vecindario y otra en la casa!

Esta para resolver el drama sin que la doliente se case con ninguno de los dos amantes, aquella para que el viático sirva de ocasion al perdon del abuelito. ¿Y si no hubiera habido viático? Estos accidentes materiales y extraños para resolver las situaciones, serán muy verosímiles; pero no son de buena ley en el arte. Esta obra debería titularse, Las dos aneurismas; pero hace llorar y basta.

No sé á qué viene el título de *En brazos de la muerte* dado á la obra que en mi pobre concepto, debiera llamarse *Fruela*. Este carácter que es por el estilo de Luis Onceno, está bien pintado. Lástima que el espectador no se identifique con los temores de la madre que cree muerto al hijo, y como no se identifica porque sabe que no está muerto, como la madre tampoco lo duda despues, no se conmueve cual debiera, por mas que la actriz se empeñe en dar verdad á un efecto falso.

Lástima es tambien que la madre, al huir á otro aposento, consienta en que quede allí su hijo: lo que solo parece hecho para que Don Frnela se espante creyéndole espectro. A pesar de esto, que pudiera en mi concepto corregirse fácilmente, la obra pertenece al género bueno, y me gustó; hubierame parecido mejor, si el obispo no fuese una figura inútil en la accion del drama.

Guzman el bueno es una obra mas que juzgada ya. Rigorosamente histórica y bastante bien planeada.

El amor, afecto nacido para marchar en el arte en primera línea, es allí puramente incidental, por lo que armonizaría mas con el tono heroico de la obra, si sus escenas estuviesen escritas como las habría escrito un Quintana: así ganarían por la elevación y la fuerza lo que pierden en el diapason de este drama.

La Huerfana de Bruselas, obra popular, gracias á los efectos escénicos de bulto que parecen su principal fundamento, es del corte de ciertos melodramas, con su traidor y su urdimbre descosida y forzada para producir los dichos efectos. Falta pincel y sobra brocha. La escena final y su preparación me parecen dignas de otra obra mejor. En lo demás, ya digo, melodrama (aunque carezca de la musiquita que suele acompañarles) ó sea inocencia perseguida para triunfar al fin, con gran algazara y aplauso de los espectadores.

En cuanto á la ejecución respectiva de las obras mencionadas, ha sido generalmente buena. En el Ricardo y en el Fructa es en lo que mas me ha gustado Valero. La Cayron, en aquella esposa, víctima tierna de la ambición, que siente el dulce amor y los presentimientos melancólicos de Desdémona, en que sin duda se inspiró el viejo Dumas; si siempre me parece bien, en *Jenny* estuvo inmejorable. Valero es siempre el gran actor, y lo fué por tanto en el difícil Ricardo; Gabutti me gustó mas que otras veces, y Amato hizo en el desconocido, dada la sencilla al par que noble naturalidad que prestó á su papel, el verdadero hombre de cuna real mecida al doble arrullo de la aristocracia y de los parlamentos.

El segundo abono ha terminado con la comedia de Rubí, *Fiarse del porvenir*, respecto de la cual....., y mañana comenzará el tercero y último abono.

Adios, tuya siempre.

JULIA.

SOBRE LA CONQUISTA DE INGLATERRA POR LOS NORMANDOS.

Con motivo de la novela "Ivanhoe."

El día en que Guillermo el Bastardo, Duque de Normandía, favorecido por el viento del Este, entró en la bahía de Hastings, con 700 naves y 60,000 soldados, para invadir el país de los Anglo-Sajones, empezó una lucha mortal entre este pueblo y los invasores. Luchaban aquél y éstos por la propiedad, por la independencia y por la vida: la contienda debía ser muy larga; y así fué en efecto; pero en vano buscaríamos un relato verdadero en los modernos historiadores de Inglaterra. Éstos nos presentan una sola vez á los Sajones en lucha con los Normandos; describen una sola batalla; y después ni Normandos ni Sajones, ni vencedores ni vencidos vuelven á mencionarse en sus páginas. Sin ocuparse de acontecimientos ulteriores, ni del diverso destino de grupos de hombres que combatieron para disputarse el país, se limitan sólo al relato de la vida y muerte de Guillermo, primero de este nombre, rey de Inglaterra, sucesor de Harold, último rey de los Anglo-Sajones. Así las consecuencias de la invasión, al parecer, se concretan para la nación vencida, á un simple cambio de dinastía. La servidumbre de los indijenas de Inglaterra, la expropiación en masa, y el reparto de sus bienes entre los invasores extranjeros, todos estos actos de conquista y no de gobierno, pierden su verdadero carácter tomando sin razón una forma administrativa.

Un hombre de génio, Walter Scott, nos presenta bajo su verdadero punto de vista, estos acontecimientos tan desfigurados por la fraseología moderna, y cosa extraña, pero que no sorprenderá á los que conozcan sus precedentes obras, en una novela es en donde trata de esclarecer este gran punto histórico, y de presentar animada y en acción esta conquista normanda, que los narradores filósofos del último siglo, mas falsos que los cronistas iliteratos de la edad media; han ocultado elegantemente bajo las fórmulas triviales de *sucesión, gobierno, medidas de Estado, conspiraciones reprimidas, poder, y sumisión social*.

La novela "Ivanhoe" nos coloca á distancia de cua-

tro generaciones después de la invasión de los Normandos, en tiempo de Ricardo, hijo de Enrique Plante-Genest, ó Plantageneto, sexto jefe después del Conquistador. En esta época en la que el historiador Hume no sabe presentarnos mas que un rey y la Inglaterra, sin decirnos lo que es un rey ni lo que llama Inglaterra, Walter Scott, examinando detenidamente los hechos, nos muestra masas de hombres, intereses, distintas existencias, dos pueblos, un idioma doble, costumbres que se rechazan y se combaten. Por una parte la tiranía y la insolencia, por la otra el odio y la miseria, desarrollo real del drama de la conquista, de la cual había sido el preludio la batalla de Hastings. En esta época muchos vencidos habían perecido, muchos se habían sometido al yugo, pero algunos protestaban todavía. *El Sajon esclavo* no había olvidado la libertad de sus padres, ni encontrado reposo en su servidumbre. Sus Señores eran todavía para él usurpadores extranjeros, comprendía su dependencia y no la aceptaba como necesidad social; conocía los derechos que le asistían á una herencia que ya no poseía. El vencedor á su vez no disfrutaba su dominio, bajo la vana y falsa apariencia de aristocracia política, se denominaba Normando y no gentil hombre; así es que como soldado normando, reinaba, mandaba, y disponía de la vida de los que se habían sometido á la espada de sus antepasados. Tal es el teatro real y verdaderamente histórico que nos presenta la fábula de Ivanhoe, cuyo personajes ficticios sirven para hacer mas notable la gran escena política en que el autor les hace representar. Cedric de Retherwood, viejo jefe sajón, cuyo padre fué testigo de la invasión; hombre intrépido y altivo hasta el exceso, había sabido conservar su patrimonio haciéndose temible á los vencedores. Cedric libre y propietario, en medio de su nación subyugada y empobrecida; se creyó en el deber de libertar á sus compatriotas; realizando así los bellos sueños de independencia que había alimentado durante toda su vida. Después de mil proyectos distintos y mil tentativas estériles, su espíritu fatigado con sus esfuerzos, se fija en un plan, y en una última esperanza muy débil é insegura por cierto. Siendo tutor de una joven llamada Rowena descendiente de la raza de Alfredo, se persuade que el matrimonio de su pupila con Athelstano de Coningsburgh, último vástago de Eduardo el confesor, mezclando á los ojos del pueblo sajón la sangre de dos de sus antiguos jefes, presentaría á este pueblo el vínculo de unión para una insurrección decisiva. Esta idea, en la que Cedric ha concentrado toda su actividad, lo preocupa incesantemente. Ha desheredado á su propio hijo Wilfrido que se atrevió á contrariar sus proyectos amando á Rowena y consiguiendo ser correspondido. Wilfrido, mas amante que patriota, abandonó en su desesperación la casa de sus abuelos, por el palacio de un rey normando, recibe de Ricardo Corazon de Leon, grados, favores y el título de Caballero de Ivanhoe, y se une á Rowena. El anciano Cedric ve sin indignarse á la hija de Alfredo, seguir á Wilfrido á la corte del jefe de los conquistadores. Esta solución que satisface al corazón humano, es triste para el del patriota; pero el autor no podía desfigurar la historia. Es demasiado cierto que los Sajones no pudieron sacudir el yugo. Este Cedric, último representante de la libertad sajona, aparece como un hombre de buen carácter, pero inflexible en su odio á los usurpadores extranjeros. Él ostenta con orgullo su antiguo nombre de Sajon en medio de personas que le niegan por cobardía; tiene la mirada altiva y celosa, señal de una vida pasada en defensa de sus derechos siempre invadidos. Fatigado del presente vuelve sin cesar su pensamiento atrás, mas allá de la funesta batalla de Hastings, que entregó la Inglaterra á los Normandos y á la servidumbre. Detesta el idioma de los vencedores, sus costumbres, sus fiestas, sus armas, y todo lo que no tenía existencia en el suelo Inglés, cuando el pueblo inglés era libre. A su lado figuran dos de sus siervos, hijos de los siervos de sus antepasados. Estos hombres, llevan el collar de la esclavitud en el cual está inscrito el nombre de su se-

ñor, y sin embargo le aman porque está rodeado de enemigos que son también los suyos, porque la insolencia extranjera que pesa sobre él y sobre ellos aproxima sus destinos, y confunde en una misma causa dos intereses antes contrarios. Grupos de proscritos sin asilo, obligados á habitar en los bosques y hacerse allí bandidos para poder vivir, nos presentan los estragos de la conquista, y nos pintan la suerte de los que, la prohibición de armas de caza, decretada por un vencedor receloso, colocaba entre el hambre y el crimen. Pero la figura mas enérgica y sombría de los resultados de la invasión, es la de una mujer sajona que despues de haber visto perecer á su padre y siete hermanos en defensa de su herencia, ha vivido únicamente para servir vergonzosamente al libertinaje del verdugo de su familia. Llevando al lecho de su señor un odio implacable y la sed ardiente de venganza, hace uso de las seducciones que le presta su belleza para armar al hijo contra el padre, y manchar con un parricidio la sala del festin de los vencedores. Envejecida en su nueva servidumbre, pierde por grados su imperio, y se ve humillada y despreciada, pero en medio del oprobio que la rodea y de los insultos que recibe, no olvida su venganza. Cedric, prisionero en el castillo del Normando, la encuentra y se entera de su historia. "Mi vida ha sido cobarde y despreciable, le dice, quiero expiarla cooperando á vuestros planes." En el momento en que el castillo es atacado por los amigos del Sajon, en el momento en que los hombres de armas se sostienen en los muros de defensa, y en que el señor del castillo, herido en el combate, es colocado en su lecho lejos de los baluartes y de los combatientes; la anciana sajona realiza su último y terrible proyecto. Enciende la leña amontonada bajo el edificio; y corre á la habitacion en donde se halla su enemigo, privado de fuerzas pero, en todo su conocimiento, allí le recuerda sin ironía el último festin de su padre; le hace sentir el vapor del fuego bajo el aposento; insulta la impotencia de sus esfuerzos y de sus gritos, le dá el sentimiento anticipado de la muerte; y cuando el incendio estalla, se sube á la parte mas alta de la torre, y allí de pié, los cabellos desmelenados, sonriendo en medio de las llamas, entona uno de aquellos himnos guerreros que los sajones, todavía paganos, cantaban en los campos de batallas.

Hé aquí los personajes que nos representan los vencidos. En cuanto á los vencedores, y á los hijos de los aventureros que siguieron la suerte del Bastardo, Reginaldo Frente de Bucey, Felipe de Malvoisin, Hugo de Bracy, y el príncipe Juan de Plantageneto, nos los dá á conocer. En ellos encontramos el tipo perfecto del conquistador vano y receloso, creyéndose de una estirpe mejor y de una sangre mas pura; calificando su raza con el título de *noble* y empleando, por el contrario, el nombre de Sajon como una injuria, diciendo que mata á un Sajon sin ningún escrúpulo, y que *ennoblece* á una Sajona disponiendo de ella contra su voluntad; pretendiendo que sus *súbditos sajones* nada poseen que no le pertenezca, y amenazándolos si se rebelan, con arrancarle la piel de la cabeza.

Ademas de estos caracteres que dimanaban del estado político del país, el autor de *Ivanhoe* no ha dejado de presentar otros que procedían de las opiniones del siglo. Describe al templario de génio audaz, lleno de ambicion y proyectos, despreciando la cruz bajo la cual milita; matando Sarracenos por especulacion; y en frente al templario fanático, esclavo pasivo de su regla y de su fé; al sacerdote hipócrita y sensual, al judío humilde, dócil y paciente rodeado de menosprecios y peligros, obligado á engañar para defenderse, y á ser un bribon astuto, porque los poderosos del mundo podían con respecto á él, serlo impunemente. Pero se encuentra en esta novela un personaje que oscurece todos los demas; este es el de Rebeca, hija del judío Isaak de York. Rebeca es el verdadero tipo de la grandeza moral que se desarrolla en el alma de los débiles y oprimidos de este mundo, cuando se sienten superiores á su fortuna y superiores á los dichosos que

los dominan. Todo lo que hubo de dignidad tranquila en el alma de un Caton, ó de un Siduey, se encontraba en ella unido á la mas sencilla modestia; á la paciencia que á todo se resigna; y á ese poder para el sufrimiento, tan conmovedor, que es el atributo de la mujer.

Este carácter tan superior á nuestra naturaleza, está descrito por el autor con arte tan perfecto, y es presentado con tanta naturalidad en las escenas que desenvuelve, que por muy ideal que sea, nos sentimos atraídos á creer en él; y se engrandece nuestro ánimo tomándolo como verdadero. Una escena admirable cuyo efecto en vano trataríamos de describir, es aquella en que Rebeca, prisionera del templario Briando de Boisguilbert, es visitada por él en la torre en donde la tiene encerrada. Sola en presencia de este hombre de pasiones violentas, y de una voluntad indomable, que le declara sin ningún miramiento que ella es su cautiva, y que usará del derecho de la fuerza; sabe imponerle respeto, y toda la vehemencia de este feroz soldado que en el combate lo arrollaba todo, y que en la vida social dominaba á los hombres como el viento á las hojas, se ve humillada en presencia suya. Se encuentran también en esta novela otras muchas cosas que no nos explicamos; hay en ella escenas de alegría tan sencillas y tan animadas, que á pesar de la época en que las presenta el autor, parece que pasan á nuestra vista. Es que en medio del mundo que ya no existe, Walter Scott ha sabido colocar lo que es, y será siempre; es decir, la humanidad, cuyos secretos conoce. Todo lo concerniente á épocas y lugares, exterioridad de los hombres, el aspecto del país, y sus moradas, sus trajes y costumbres, las describe con una verdadera exactitud, y sin embargo en ninguna parte se hace perceptible la inmensa erudicion que usa hasta en los menores detalles. Walter Scott parece poseer esa *doble vista* que en tiempos de ignorancia se atribuían ciertos hombres para leer en el porvenir. Decir que se halla mas verdad histórica en sus novelas sobre Escocia é Inglaterra, que en las compilaciones filosóficamente falsas, que aún se denominan así; no es aventurar nada para los que hayan leído y comprendido, los *Puritanos*, *Waverley*, *Rob-Roy*, *El oficial afortunado* y la *Prision de Edimburgo*.

Puerto-Rico, Noviembre de 1874.

Cármen Gatell.

Traducido de A. Thierry para "La Azucena".

LA CONTRADANZA

SU HISTORIA, SU EXCLUSIVISMO Y SU DIQUE.

La Danza, que hoy llamamos criolla, vino á estos países, de la Península allá por los años mil, y hoy se la devuelve la Antilla hermana bajo el nombre de *habaneras*, que se corean y danzan en Madrid, principalmente en los bailes públicos. Aunque modificada como baile, conserva allí hasta cierto punto el carácter que tiene en Cuba y que tuvo aquí.

Que vino de la Península, es indudable, pues aún existen allí señoras, ya bastante ancianas, que la bailaron en su juventud. Y no era esta precisamente la que solía ejecutarse en los salones madrileños de algunas señoras americanas, en las décadas de 1840 á 1860; sino que se componía de las mismas figuras con que las amenizaba el ingenio ad-hoc de nuestros padres, y con la propia formacion en tandas de á dos hileras, ó sea de damas y galanes frente á frente; como duró entre nosotros hasta poco antes de 1850.

Aún pueden recordar algunos, sin ser del todo viejos, aquel prurito de los contradanzeros, que á fuer de *cabezas* de baile, rompían la danza en su respectiva tanda ó grupo, y que se cifraba en imaginar las figuras mas difíciles, y á cual mas ingeniosa, bautizándolas con los nombres mas ó menos apropiados y peregrinos, tales como el *espejito*, el *pastelito*, &c. con la mira de lucir ellos

y de poner en confusión á los bailadores de su tanda. Veíanse éstos, forzados á comprender de improviso y á imitar á su turno, la inventada figura; y ay! del que la variaba! Esto era desaire, punto de honor y por lo tanto de desaffo. Ved aquí el *Juicio de Dios* aplicado á la contradanza!

No es esto decir, que fuera de rigor constante la invención de las figuras, porque no hubiera bastado la inventiva mas fecunda, sobre todo en tiempos en que los bailes eran harto mas frecuentes que hoy y no bajaban de once á doce las contradanzas que se bailaban, con breves intermedios. Y gracias á que la aurora venia con su dedo de rosa á parar aquel furor *tersicoresco*, terminando los bailes de *confianza* con el *borococo*, danza coreada por los mismos bailadores con el famoso estribillo de

Á mí no me engañas tú

que era como el chuseo sainete de la función.

Pero tales invenciones, si bien celebradas por algunos, no dejaban de ocasionar la murmuración de otros, para quienes era de difícil compromiso *seguir* la figura.

También se consideraban como punto de *paso honroso* los puestos de la tanda; y el *fogon*, es decir, el último, aparecía como un tantillo desairado para las damas, que corrían desaladas de mano de sus galanes respectivos, á ganar el puesto mas alto posible y á evitar que les tocara aquél. La pareja que ocupaba éste, era la última en bailar, porque no comenzaban á hacerlo, sino á medida que venia *bajando* la que habia puesto la contradanza.

Por fortuna desapareció este semillero de desavenencias, suprimiéndose por completo las figuras y tandas; y hasta 1,860, próximamente, puede decirse que continuó tocándose y bailándose aquí aquella como en la Habana, de donde seguía la importación de sus partituras; hasta que Don Francisco Santaella, dotado especialmente para este género de música, si tal puede llamarse, comenzó á componerlas con el gracejo que le era peculiar, por los años de 1,848 á 1,860, época en que sufrió la modificación con que ahora se confeccionan, y que consiste en haber pasado de los 16 compases, ó sea 8 para cada parte, á un número indefinido de aquellos en la parte 2ª.

Ya en el referido año de 48 el malogrado y modesto compositor Don Aurelio Dueño, que á fuer de buen armonista, censuraba con justicia la trivialidad de este género de música, compuso para un baile de máscaras del teatro, una danza por el estilo de las de hoy, que aunque no fué imitada entonces quizá por que era mas complexa de lo acostumbrado, sirvió de base á las modificaciones posteriores, que desviándola de la de Cuba, han venido á dar á la que en el día se compone y toca, cierta originalidad respecto de las de aquella isla y otros países de la América española.

El nombre de Tavares, distinguido artista Puertorriqueño, cuyo talento ha dado á la composición de este género, trivial, pero singularísimo, alguna importancia, no debe quedar olvidado en una reseña de este linaje.

Dicho artista ennobleció algun tanto la composición de la *danza*, despojándola del sabor de tango africano que se empeñaban y aún empeñan en infiltrarle algunos *contradanzistas*, al par que de los nombres groseros y ridículos con que suelen titularlas.

Pero si la *danza* es atractiva como baile; si como música, encierra no sé que mezcla encantadora de alegre y melancólico, que se asemeja al grito del placer y al tierno suspiro del amor; si su propia singularidad es una seducción más para sus sonos; su exclusivismo no puede favorecer, como música, el desenvolvimiento del Arte entre nosotros, si se anhela que éste salga de mantillas, y dando de mano á lo trivial se eleve á esfera de mayor trascendencia artística.

Pero ¿qué remedio, si la juventud que se consagra á este arte se conforma con no pasar de la contradanza? Cuál? La union de los verdaderos artistas en contra de

semejante exclusivismo, un dique á la inundación contradanzera.

Hemos oído hablar de una sociedad de conciertos clásicos que pretende formarse. Este sería el verdadero dique que acabamos de indicar, al paso que el mayor estímulo para los músicos de mas elevadas miras. La dicha sociedad contribuiría en mucho á desviar la afición de la juventud de la falsa senda por que va hoy en el arte de la música.

Continuaremos ocupándonos en esta materia, y prometemos hablar, no solo de los *melómanos* que llaman á la música el menos desagradable de los ruidos; sino tambien de otro tipo, no menos exagerado, el *melómano* que llama á la música el divino arte; como si no hubiera habido el divino Homero, el divino Apeles, &c, en una palabra: como si las demas bellas artes y las ciencias no fuesen tambien divinas á fuer de *creadoras* é hijas de Dios: como si Newton y Descartes no fuesen tambien divinos en este concepto!

EL SUEÑO DEL POETA.

A mi Amigo Don Alejandro Tapia y Rivera.

Sueña el céfiro dormido
En las ramas de una acacia;
Que juega entre los jardines,
Con las rosas perfumadas.
Sueñan las nubes tranquilas,
En el regazo del viento,
Que se reflejan mas puras,
Del mar en el ancho espejo.

Sueñan las flores, que el Sol
Su vivo carmin aumenta,
Y que los génius del aire,
Al cielo su aroma llevan.

Sueña el río, que sus ondas
Besan la bordada orilla,
Y los lirios y amapolas,
A sus halagos se inclinan.

El mar sueña que sus olas,
Al morir sobre la arena,
Envuelven en sus espumas,
Las flores de la ribera.

Sueña el bosque con sus árboles,
Cargados de fruta rica,
La pradera, que en su alfombra,
Los rayos de Diana oscilan.

Las aves, que en la mañana,
Salió mas bello el albor;
La noche, que sus estrellas
El cielo multiplicó.

Los astros, que fulgorosos,
Brillan en el claro tul;
La tarde, con sus celajes
Llenos de encantos y luz;

El sol sueña, que á otro mundo
Sus rayos luciendo va;
La tierra, con el rocío
De la lluvia virginal;

Sueña el hombre con la gloria,
Con el placer y el amor;
La mujer sueña que la aman,
Dicha que jamás gozó;

Pero el sueño mas hermoso,
Que la mente concibió,
Es el sueño del poeta,
De ese rey de la creación;

Es su sueño mas grandioso
Que los sueños infinitos,
Que tienen todos los seres,
En sus ardientes delirios;

Su sueño los funde todos,
Y en su loca fantasía,
Siente, como sueña el orbe,
Como se ensancha, y palpita

En su espíritu invisible,
Vaso de amores, é ideas;
¡Benditos por siempre aquellos
Con quienes sueña el poeta!

Fidela M. de Rodríguez.

LA ROSEOLA Y MI VECINA.

Residía yo en Madrid, allá por Octubre de mil ochocientos y tantos: baste decir, que era pollo y soltero por añadidura.

Mi domicilio estaba en la calle de no hace al caso, en piso de estudiante ó lo que es lo mismo, mas cerca del cielo que de la tierra.

Era el Otoño, es decir, la época del año en que el cielo comienza á ponerse melancólico; aunque en la villa de los *gatos*, como llamó á Madrid el monarca que la conquistó de los moros; suele ser aquella estación la mas hermosa del año y la mas animada, porque con la partida de los calores regresan los veranietos y se ve en las ferias mucho trasto viejo y mucha mujer bonita. Como era Otoño, repito, así como los árboles comienzan á despojarse cubriendo el suelo de hojas marchitas, el cuerpo humano, que es parte del suelo, puesto que de él fué formado, del suelo vive y en él ha de trocarse, está en la dicha estación, mas propenso á cubrirse, si no de hojas, por lo menos de erupcioncillas como el sarampion, y erupcionazas como las viruelas, que no dejan de ser tambien vejataciones.

Por fortuna para mí, y digo fortuna porque pudo ser peor, no me cupo en suerte mas que la *roseola*, cosa parecida al sarampion en el colorido y hasta en el dibujo; pero harto mas inocente que la viruela, si bien tan picante como una guindilla, que llaman *agü* en esta bendita tierra de Ponce de Leon y del mofongo.

Pero ¿qué tiene esto que ver con mi vecina? Era acaso ella tambien *picante* y....

No anticipemos.

Quedeme pues entre cristales, como planta de invernadero, y sólo, porque mis compañeros de habitación Bepo y Wagram, como yo les llamaba, estudiantes de matemáticas sublimes, pero sin *roseola* que se lo impidiese, habian salido para sus aulas.

La criada, mocetona rolliza, que si no concurría á la Universidad, por lo menos tampoco tenia erupcion, andaba por la cocina, *emberenjada* entre pucheros y cacerolas.

Es decir, que estaba sólo, muy solo, como suelen estarlo entre nosotros las bibliotecas cuando las hay; pero, pardiez, no me faltaba ocupacion: rascar y mas rascar, sin que bastasen á ello las manos ni aun los pies....

Cansábame de cansarme,
aburrido de aburrirme,
sin saber como rascarme;
ni bastaba el escurrirme
ni por la estera arrastrarme.....

cuando hé aquí que percibo á mi vecinita á través de mis cristales. Estaba en su balcon, abierto de par en par. Ay! ella no se rascaba ni tenía para que, pues á no ser así, no fuera tan apacible su talante.

Describámosla:

Era la hermosa de gentil aspecto,
de bello rostro y bética figura,
de claveles, clavel el mas selecto,
talle de guinda, del amor hechura:
fresca como la flor que Mayo adora,
y en cara de cristiana, ojos de mora.

Era, pues, bonita, y veces mil habíala visto en aquel balcon, en que parecia..... toro, segun las varas que solía tomar los domingos, cuando Facundo estudiante de leyes, camarada nuestro, venía á comer con nosotros, en su deseo de acatar al rey que en semejantes dias se ostentaba majestuoso en nuestra mesa, tras la sota y el caballo ó sea la sopa y el cocido de entre semana.

Y en verdad que hasta el dia de mi *roseola* no me habia fijado lo bastante en la graciosa vecinita; sin duda porque mi mente vagaba por otros andurriales ó por no turbar el amor platónico de Facundo ni menos poner á prueba la lealtad de aquella Isabel de Segura para con su Marsilla dominguero.

Pero entonces hartéme de mirarla á través de los cristales de mi balcon, porque la *roseola* daba al traste con los anteriores miramientos, si bien hacíalo segun que me dejaba el fiero escozor que me enloquecía.

Ignoro si era influencia de la *roseola*; pero parecióme aquel dia mas bella que nunca, y tanto di en mirarla, que ella comenzó por verme con el rabillo del

ojo y acabó por asacarme con los dos y ¡de qué modo! Jesús, que arcabuzazo!.....

Miréla y remiréla y por un momento pareció calmarse el maldito escozor, todo el calor de la *roseola* se fué á los ojos, porque la miraba con un ardor!.... ó se fué á mi pecho, porque sentí que la amaba con una furia!.....

¡Y cosa extraña! parecia que la *roseola* de mis ojos se iba á los suyos, porque continuó mirándome con tal empeño, que ni el magnetismo ni.... y allí nos hubiéramos muerto de puro mirarnos; pero el diablo de la comezon era irresistible, y aunque trataba de aplacarla con disimulo, cada vez lo hacia peor.....

Hube de apartarme de la ventana para aplicarme las uñas, y lo hice, como quien se rasca para una semana, es decir, con tanta rapidez y con rabia tal, que la sangre brotó del cútil.

Torné á los cristales, dispuesto á no perder la calma pasajera, con que me brindaba la picazon vencida por mi furia; y oh! delicia! el calor de la *roseola* al dejarme un tanto, habíase ido en parte á los labios de la vecina, y estos, ventanas del corazon, se plegaron como dos olas rizadas por el viento, y dejaron ver ay! que cintillo de perlas!—Y ¡qué dos hoyuelos, qué dos nidillos formó la *roseola*, digo, el amor, en aquellas mejillas que se tornaron en claveles, como dos grandes *roseolas* que convidaban á las uñas, digo mal, á mis labios para calmarlas!

En fin, ante tal sonrisa
que semejante á la brisa
mis ardores refrescaba,
digo mal, los aumentaba;

me atreví á levantar una mano quitándola de su ocupacion gatuna para enviarle de mis labios lo que atravesó los cristales, partió en alas del viento, y fué á dar á los suyos que volvieron á plegarse en són de sonrisa.—

Adios Facundo!

Sin cesar de rascarme, aunque con el posible disimulo, fuíme al encerado que nos servía como pizarra de estudio, y borré las fórmulas de matemáticas que el *cálculo diferencial é integral* de mis camaradas habia dejado allí; sustituyéndolas con un *te amo* y un *¿me amas?* La Gramática era mas de aquel momento que la ciencia de Bourdon, de Cortázar y de Lacroix.

Pero mi vecina, abrió tamaños ojos y tornó la *roseola* á hacer su efecto: ella no se rascaba sin duda porque la tenía interior, yo no cesaba en esta operacion junto al encerado que la mostraba. La susodicha *roseola* hubo de pasar á sus ojos con alguna extrañeza.

Torné la vista al encerado y comprendí la causa: no habia borrado bien la fórmula de la integracion de la cycloide, y como ella vió líneas y pudo leer junto á mi conjugacion amoratoria las palabras *senos* y *cosenos*, *tangentes* y *cotangentes*.... en funcion de X & Y, & Y; que sé yo que cosas se imaginaba.

Apresuréme á borrar todo aquello, murmurando de las matemáticas que han de meterse donde no las llaman; pero como apenas podia disponer de las manos por la ocupacion que me veia forzado á darlas, dejé caer el encerado, y para mayor desgracia, me vino la comezon con tanta furia en aquel momento, que hube de hacer como que me caía con el encerado, para darme un par de revolcones en són de rascarme á mí sabor.

Pero ¡qué lástima! La vecina habia desaparecido del balcon.

¡Maldito escozor y qué conquista me ha robado! —exclamé con disgusto— Y no era el sonrojo de que aquello hubiese terminado con tan ridícula voltereta de mi parte, lo que menos me amostazaba.....

Pero no: á poco tornó á su balcon la vecinita, y haciéndome señal de que abriese los cristales del mio, envió por los aires á mi sala una piedra envuelta en un papel que me decía:

“El amor en que su *seno* se abrasa, no dá con ingratos. Lo de *coseno* no lo entiendo. ¿De qué género te me habla U? Dice U. que con tanta *gentileza*. ¿A qué funcion se refiere U? Suelo ir á la zarzuela: ya le avisaré. Lo demas está claro y lo comprendo.”

—Infeliz! —exclamé— Las malditas fórmulas matemáticas habian enmarañado mi declaracion; pero oh! poder de la conjugacion erótica! Esta gramática

se había abierto campo hasta su corazón por en medio de aquellas áridas fórmulas.

Sonreíme, sonríome y nuestras cabezas se dijeron que sí. En cuanto á las fórmulas, se las mostré borradas como diciéndola: eran intrusas que nada tenían que ver con nuestro amor: intrusas—murmuré—como esta maldita *roseola*; pero ésta no había dado ocasión á un amor tan mutuamente ignorado hasta entonces?

Pasamos el día en cucamonas, y la noche llegó. La pobrecilla pasó la prima en el balcón, á pesar del céfiro del otoño y de la escarilla que anunciaba la proximidad del invierno.

Yo no podía asomarme porque la *roseola* me lo impedía, y así se lo había indicado. La oía toser, y aunque no creo que fuese de constipado, sino para mostrarme su presencia allí, me daba pena.

En cambio, el pobre Bepo que tenía un catarro soberbio, la pagaba.

Era la sala de estudio, y tanto él como Wagram trazaban sucesivamente *senos* y *cosenos* en el encerado.

Wagram *sans-façon* como siempre, no se cuidaba del frío, y yacía junto á aquel mueble, con cierto casacon que le había valido el nombre con que le designábamos; pero Bepo menos resignado sin duda á causa del catarro que le agobiaba, no cesaba de clamar contra las malditas maderas del balcón, que por estar abiertas, le hacían toser.

—Por Dios, Alejandro—decía y repetía Bepo atrayendo el velon hacia su libro—no veo las fórmulas!...

Y yo que junto á la mesa, quería que por lo menos ella me viese..... por vía de consuelo; arimaba la brasa á mi sardina, es decir, la luz á mi conveniencia, haciendo como que leía. De vez en cuando me rascaba furtivamente; pero la *roseola* iba calmando.

Llegó el nuevo sol, y aquella casi había desaparecido.

Asoméme al balcón, y como era día de misa, me dijo ella.

—A las dos, en San Ginés.

Y no falté, la ví y estaba muy bonita, pero iba con una señora mayor.

—Mi tía!—me dijo ella—

Y en el modo de decirlo, conocí que la buena señora estaba en el ajo; y como con esto y otras *parolas* me olió á casorio, me sentí curado por completo de la *roseola*.

Torné á mis andurriales y ella tosió en vano.

El domingo próximo vino á comer con nosotros el estudiante de leyes, y chocábale ciertamente no verla en el balcón. Entonces le dije por tranquilizarle.

¿Sabes lo que es la *roseola*? Es una leve erupción, que cuando pasa modifica la epidermis: tu vecina la tuvo en los ojos, y por eso, aunque te viese no te reconocería.

A. T. y R.

VARIACIONES SOBRE UN CORAZON.

TEMA.

Te amo con amor profundo
y nada templa este ardor;
¡ay, cuando acabe el amor
será que se acaba el mundo!

La luz llena el cielo, mi sér la ventura:

Jamás los misterios pensé de la vida:

Ningun temeroso problema me apura.

¡Yo soy de los prados la rosa encendida!

Mudo el aire me pide canciones

en este salón:

tocaré por variar: *Variaciones*

sobre un corazón.

1.^a VARIACION.

—¡Jóven y alegre soy! Mi amor sin dique

corre como la lava del Vesubio:

que el sol lo alumbra, el rayo lo publique;

¡su ardor no ha de apagarlo ni un diluvio!

¡Mi pasión es un fuego, un desvarío!

¡Oh, vén! ¡Soy tuya, tuya; y tú eres mío!

¡Te amo! ¡El cielo y la tierra en tí confundo!

¡Soy tu sombra! ¡A tus plantas me esclavizas!

¡Cuando muera el amor se hundirá el mundo

y convertido quedará en cenizas!

—¡Frenético preludio!

á ésta sobra expresión y falta estudio.

—Inquieta palpito: mi espíritu oscila.

No sé lo que quiero. Percibo un murmullo.

Me ajito envidiando la noche tranquila.

¡Yo soy mariposa que rompe el capullo!

Buscaré de un nocturno en los sonos

fugaz distracción,

y á ensayar me pondré: *Variaciones*

sobre un corazón.

2.^a VARIACION.

—Salta en mi pecho el corazón que ignala

Sobre las olas á la frágil nave.

¡Acérrate! Mi brazo como un ala

tu cuello enlazará. Nadie mas sabe.

No me preguntes, pues: soy un misterio.

¡Qué triste el amor vive en cautiverio!

¡Soy feliz! Si concluyen los amores

el mundo concluirá del mismo modo!

¡Cuánto sufro! Desecha tus temores.

Acuérdate de mí.... ¡no!.... ¡olvida todo!

Desafina, y lo siento:

sobra á ésta el arte y falta el sentimiento.

—Sin fé ni esperanza mi vista va errante

buscando las huellas de un sueño perdido.

Me hastía la vida.... ¡No hay nada delante!

¡Yo soy de los campos un ave sin nido!

Mas la bella armonía impresiones

dará á mi ilusión,

y á tocar volveré: *Variaciones*

sobre un corazón.

3.^a VARIACION.

—Todos me llaman bella. ¡No te importe!

No revela mal gusto el que así piensa.

Aunque, por falta de uso, algun resorte

no mueva el corazón, con llama intensa

probaré á amarte. Á nadie se lo cuentes.

Mira: mas cerca quiero que te sientes.

¡Ámame solo á mí! Nada te enoje.

¡Sufre! La dicha siempre es incompleta.

¡Cuando sus flores el amor deshoje

se habrá el jardín secado del planeta!

—Pierde el compás de un modo.....

¡Y es lo que queda al que lo pierde todo!

Mi cielo no tiene ni estrellas ni brumas.

Mi vida no adorna bellezas ni galas.

Soy cisne que el mundo contempla entre espumas,

y apenas la tierra ni rozan mis alas.

Para hallar misteriosas visiones

de vaga impresión,

tocaré muy fugaz: *Variaciones*

sobre un corazón.

4.^a VARIACION.

—Un invisible imán nos encadena,

mas nos separa una profunda sima.

¡Morirá la pasión que el mundo llena

si muere esta ilusión que la sublima!

Yo besaré tan solo tu recuerdo

porque soy ángel que al volar me pierdo.

Tal vez nos encontremos frente á frente,

y aunque el amor propague, en su reclamo,

entre los dos su eléctrica corriente,

nos moriremos sin decírnos: — ¡Te amo!

— Lo hace bien, y me asombra.
Mas ¿quién toca? No hay nadie. ¡Es una sombra!

G. BELMONTE MULLER.

Octubre 28 de 1874.

JUICIO DEL DRAMA

CATALINA HOWARD,

POR

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Catalina Howard es una creacion singular. Su objeto es pintar una pasion, pasion terrible cuando se arraiga, sobre todo en una mujer, y doblemente terrible si los principios religiosos y morales han sido descuidados en ella por la educacion. Alejandro Dumas ha creido buenos todos los medios para llegar á su fin, y se ha valido en esta composicion de algunos tan originales, tan nuevos y tan verdaderos, que ha impreso á su obra el sello del génio.

La vida de Enrique VIII de Inglaterra, hombre extraordinario por la influencia que sus ardientes é indómitas pasiones estaban destinadas á ejercer en aquella nacion preponderante, ha sido una mina inagotable para el teatro. Hombre mas sensual y orgulloso que enamorado y justo, convirtió su tálamo real en potro de sus mujeres, é hizo cuestiones políticas y religiosas, cuestiones nacionales, sus pasajeros y funestos amores. Buscando inútilmente en el vicario de Cristo una sancion imposible á sus desórdenes, no vaciló en segregarse á sí y á su pueblo de la iglesia católica, y declararse jefe de la comunión anglicana.

No es nuestro ánimo entrar en un exámen histórico, sino literario, y cesáremos de hablar de Enrique VIII: ocupémonos solo del cuadro diestramente coloreado de Dumas.

Catalina Howard es una jóven de extraordinaria belleza, de baja extraccion, ligera y superficial, mal educada, y cuya imaginacion mal dirigida se alimenta de sueños dorados y de ilusiones de grandeza y poder superiores á su esfera. La ambicion es su pasion dominante, las demas no deben ser en ella sino instrumentos, medios de triunfar. Un amante misterioso es el alimento de semejantes mujeres novelescas, y en ese concepto se halla secretamente casada con Ethelwood, duque de Dierham, par del reino, y favorito de Enrique, pero sin saber la alta categoría de su esposo.

El rey la ha visto, y trata de dar en ella una sucesora á su última esposa.

Ethelwood encargado de llevar á palacio su propia mujer, no halla mas arbitrio, conocido el carácter del rey, que fingir la muerte de Catalina, asfixiándola por medio de una bebida narcótica, y vivir despues con ella encerrada en su castillo. Inútil precaucion. Catalina vuelta á la vida, esposa de un duque, y sabedora de la pasion del rey, se aviene mal con su posicion. La oferta de la mano de la hermana de Enrique, hecha al duque y rehusada por él, causa la desgracia de Ethelwood, que, fecundo en arbitrios, y queriendo evitar la cólera del rey, lo sacrifica todo al amor, é imagina para sí una muerte fingida, semejante á la que ha dado anteriormente á su querida. Pero Catalina, puesta en la alternativa de sacar del sepulcro á su esposo para vivir oscuremente con él, mudando nombre y país, ó de dejarlo para siempre en su tumba y subir al trono, arroja la llave del sepulcro y dá la mano á Enrique.

Ethelwood sin embargo se salva, merced á la princesa Margarita, de él enamorada, y oculto en el mismo palacio se convierte en el remordimiento personificado de Catalina, á quien se presenta como un espectro para acibarar su malograda dicha, su venganza se extiende hasta dar celos al rey haciendo aparecer culpable á Catalina, y ésta, acusada por el régio esposo ante la cá-

mara alta, es condenada al suplicio. Catalina consigue apartar de Londres al ejecutor, sin el cual debería demorarse la ejecucion á no presentarse un hombre enmascarado pronto á servir de verdugo. Este es Ethelwood mismo, que decapita á su esposa, y que, no habiendo vivido sino para vengarse, declara en seguida su complicidad en la deshonra del rey, arrancándose la máscara.

Si se busca moral en este drama, repetirémos que Ethelwood evocado del sepulcro, para morir al coronar su obra y espirar con Catalina, es la personificacion moral del remordimiento que acaba con el culpable y solo muere con él: invisible para los demas, oculto á los ojos del mundo y solo palpable para el criminal. Moral por cierto algo mas poderosa que una máxima final, ó una árida sentencia. En las comedias de costumbres del género clásico oye el espectador la moral dicha. En Catalina Howard ve la moral en accion. Tendencia irresistible del siglo, en que no hay mas verdades que los hechos, en que la moral se presenta al hombre no como dogma sino como interes.

Considerando bajo este punto de vista esta creacion, desaparecen las acusaciones hechas por algunos á Dumas acerca de la extremada venganza de Ethelwood; estos críticos no consideran que el objeto del poeta no es pintar á una mujer ambiciosa, á un rey despota, á un marido ofendido. El objeto del poeta es pintar la ambicion en la mujer: Catalina es su protagonista. Enrique VIII, Ethelwood, la princesa son solo medios muy secundarios para él, que le llevan á su fin.

Para pintar toda la fuerza de la ambicion era preciso colocarla en contraste con los mayores sacrificios; eso ha hecho el autor poniendo en Ethelwood cuanto pudiera haber retraido á Catalina de su crimen; pero tal es la pasion dominante, que solo permite pequeños intervalos de ternura. Catalina es mujer, y á la vuelta del dolor natural en su sexo, pero momentáneo, de ver perecer por ella á su esposo, y de la sensacion generosa inevitable que siente al verle ponerse en sus manos, no puede menos de volver á su idea fija, á la ambicion, al verle sin sentido, y le arranca la sortija que el rey le pusiera á ella en la mano en la tumba; rasgo que pinta todo un carácter, que descubre en el poeta el gran conocedor del corazon humano.

Es tan cierta esta observacion, que nosotros no dudamos en apelar á las mujeres culpables. Dígannos si al enganar á sus amantes ó sus esposos no han tenido momentos de ternura hácia su víctima, si un sentimiento interno de justicia y generosidad no las ha obligado, á su pesar, á indemnizar con una caricia mas tierna, con protestas sinceras de buena fé, al mismo esposo á quien engañaban acaso momentos despues de acabarle de faltar. Tal es el corazon humano, en que lucha siempre el bien con el mal, aun al mismo tiempo de ser vencido aquél por éste. El favor que nos hace á veces un enemigo, y que se llama comunmente perfidia, suele no ser otra cosa que un resto de generosidad y de bondad moribunda que lucha por vencer, suele no ser otra cosa que un homenaje, que á nuestro pesar rinde en nuestro propio corazon el mal al bien, el vicio á la virtud.

El que sabe estas verdades como Dumas es gran poeta; nadie en el teatro francés moderno las sabe como él, y nadie es por tanto mas dramático que él, incluso Víctor Hugo, de quien ya en otras ocasiones hemos dicho ser mas lírico que dramático, mas brillante que profundo.

Otro rasgo no menos superior es el de no advertirse nunca en Catalina un solo momento de arrepentimiento: esa es la verdad; cuando una pasion domina el corazon, por mas que le lleve al precipicio, el culpable no se arrepiente nunca; cree que ha tenido desgracia, cree que ha empleado malos medios, siente no haber triunfado, y las lágrimas se las arranca el castigo, no el arrepentimiento: bájese de la horca al que la pasion del robo domina, y póngasele en situacion de volver á robar, pondrá otros medios, será mas cauto; toda la diferencia consistirá en ser mejor ladron. Puédeso pres-

cindir de las acciones, variar la elección de ellas; de las pasiones nunca, por que son nuestra organizacion; por que la pasión es el hombre mismo; por que la pasión es semejante al agua que, comprimida por un lado, no vuelve escarmentada al manantial de que partió, sino que trata de seguir su curso buscando otra salida, y cerrada la segunda, otra y cien mil, hasta que sale. Fundados en estas verdades digimos no hace mucho tiempo que el teatro rara vez corrige al hombre, por que el hombre es animal de poco escarmiento.

EL FANTASMA DEL PUENTE.

TRADICION CABO-ROJESA

POR SALVADOR BRAU.

(Conclusion.)

—Cuando mi labio amoroso
Eterna fé prometía,
Tupido velo cubría
Tu pasado vergonzoso;
Mas hoy el hado inhumano
Al arrancarme del mundo,
Permite que en lo profundo
Penetre de ese hondo arcano.
No temas: todo lo sé;
Pero mi mente no olvida
Que te consagré la vida,
Que eterno amor te juré.
Y ya que nuestra ventura
La suerte nos arrebató,
Y va á sumergir la ingrata
En helada sepultura;
Al recobrar la perdida
Paz de tu pecho y la calma,
Alza al cielo por mi alma
Una plegaria sentida.
Yo tu voz escucharé,
Y antes que el mundo abandone
Pido á Dios..... que te perdone
Como yo te perdoné.....

Cesó de hablar; sus ojos doloridos
Clavarónse en el alto firmamento,
Y entreabriendo los labios comprimidos
Lanzó en un ¡ay! el postrimer aliento.

Despidiendo alarido penetrante
Cayó al suelo Teresa desplomada;
Mas de repente risa delirante
Dejó escapar, convulsa carejada.

Que con su brusco, crispador sonido
Los vagos ecos de la noche evoca;
El cielo de sus penas condolido
Le quitó la razón; estaba loca.

EPÍLOGO.

Lector, si hacía Puerto-Real
Te diriges algún día
Por la aislada carretera
Que conduce á aquellas ruinas,
Antes de llegar al Puerto,
Que hoy solo tristeza inspira,
Un puentecillo de piedra
Observarás en la vía,
Sobre la estrecha corriente
De una quebrada mezquina,
Que entre espesos bejucos
Culebreando se desliza.

Allí el monte del Javillo
En otro tiempo existía
Cuyos vestigios en vano
Buscarás en la campiña.

Luengos años há que el monte
Destruyera mano impía,

Pero lo que no destruye
Ni el tiempo ni la codicia,
Es una aventura extraña
Que guarda en su fantasía
Y de mil modos relata
La sencillez campesina.

Es de Luis y de Teresa
La leyenda asaz sombría
Que ha llegado hasta nosotros
De fábulas revestida.

Si al llegar la media noche,
Hora aciaga, terrorífica,
Poblada de espectros, sombras,
Y visiones infinitas,
Por curioso afán llevado
A ese puente te aproximas;
A orillas del arroyuelo
Que mansamente suspira,
Bajo silvestres guayabos
Que enlazó liana atrevida,
Formando una verde gruta
Do apenas la luna brilla,
La sombra de una mujer
Contemplarás pensativa.
Es el alma de Teresa
Que acude todos los días
A derramar una lágrima
Sobre la tierra maldita,
Donde el desgraciado Luis
Perdió por ella la vida.

NOCTURNO.

Cuando estoy en mi lecho, en la calle
Siento pasos de jente que cruza,
¿De quién són esos pasos, me digo,
Cuándo suena en el templo la una?

Si es un padre que busca un alivio
Para el hijo postrado en la cuna,
Que despierte, Señor, ese niño
Sonriendo sin fiebre, ni angustia.

Si es un hombre que vuelve jugando
De su esposa infeliz la fortuna,
Has que ablanden su pecho de roca
De sus hijos las lágrimas puras.

Si es la jóven que sale del baile
Sofocada de danza y mazurka,
Que los aires no hieran su pecho
Y la tos no la arroje á la tumba.

Si es un pobre ó tal vez mi enemigo
En demanda de pan ó de ayuda,
Dile al punto que toque á mi puerta
Y á mi pecho que olvide la injuria.

Si es malvado que en pos de venganza
En la sombra su víctima busca,
Que camine hasta el fin de los siglos
Sin hallar á su víctima nunca.

Pero si es un amante que vuela
De la reja á la cita nocturna,
Ilumina, Señor, esa frente
Con un rayo de amor y de luna.

Miguel Sanchez Pesquera.

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.